

## EL ARTE EN AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

POR FERNANDO BUEN ABAD

Llegó el XIX como un siglo de revoluciones en todos los campos de la actividad humana. Economía, filosofía, ciencia y arte quedaron transformadas para siempre por influjo, directo o indirecto, de la Revolución Industrial, especialmente en su etapa comprendida entre 1840 y 1870. En la filosofía surgió la mayor parte de las líneas de pensamiento contemporáneo como el idealismo absoluto, el materialismo dialéctico, el nihilismo y el nacionalismo, y, en el arte, el Romanticismo (que se desarrolló durante la primera mitad del siglo XIX), el nacimiento del realismo (1850); el simbolismo (1886); el impresionismo (1874); el naturalismo (1880); el modernismo (1888), en paralelo a las artes decorativas y el diseño gráfico. Las producciones artísticas convertidas cada vez más en mercancía y el arte sometido al mercado como cualquier otra rama de la actividad comercial.

Hegel por su parte, en el siglo XIX, consideraba que el arte ya no respondía a los altos intereses del espíritu; a su modo de ver, había perdido todo lo que en él había de verdad, de realidad y necesidad; era, por ello, cosa del pasado. Hegel entendía que el arte se alejaba de los viejos intereses y perdía lo que tenía de sustancia mientras, por su parte, el realismo, a su modo sintetiza la

idea de producir una experiencia artística propia bajo el imperativo de conocer en profundidad al pueblo de cada país y desarrollar una obra humanista basada en el análisis de las condiciones propias. Nacen los grandes debates. La independencia en el campo de las ideas conduce a un arte representativo de este momento histórico, porque ahonda en el drama, individual y colectivo, de constituirse como ser libre, como nación libre y como inteligencias libres. El arte del siglo XIX en Latinoamérica expresa los cambios producidos por la independencia de los nuevos Estados ocurrida hacia 1810-1830. Era lógico que, en su desarrollo lento en tierras americanas, no existiera un único estilo y que lo propio de la época fuese la búsqueda y el debate de la identidad, la realidad, lo subjetivo, lo nacional... que de suyo comporta una crítica a toda estética anterior. No por eso Latinoamérica se liberó de la influencia europea en el campo del arte. Una parte de los proyectos educativos y culturales, en ese momento con fuerte carácter emancipatorio, se basó en asimilar y adaptar los principios estéticos de Europa (Francia e Inglaterra principalmente) como, además del realismo (1850-1920), la arquitectura neoclásica (1780-1830); la pintura romántica (1820-1880).

Un movimiento revolucionario

del siglo XIX fue el Romanticismo. Abrió compuertas a las pasiones y los sentimientos en los más diversos estados de ánimo. Enalteció el amor y la tristeza... la libertad de las personas y de los pueblos. Todo recluso hasta ese entonces al ámbito eclesial. Influyó a movimientos políticos independentistas y a los sentimientos nacionales. Hacia 1850 el Romanticismo fue desplazado, por un movimiento nuevo: el realismo. Eso dio lugar a un debate que se extendió largamente y en el que, mientras los realistas sostenían que su trabajo era observar la sociedad y describirla, los románticos sostenían que su tarea era cambiar el mundo. Hubo que superar siglos de historia colonial, construir el Estado independiente, superar al esclavismo y al feudalismo. Acceder a la modernidad, estimular el valor de lo nacional en sociedades herederas de castas, diversidad étnica y multiculturalidad. Las naciones nuevas enfrentaron el trabajo de inventarse, de crear un imaginario de lo propio. Por eso la literatura nacida con la independencia, por ejemplo, en su ruta hacia el modernismo conforma un manifiesto estético y cultural y por eso Neoclasicismo y Romanticismo favorecen una experiencia artística de exploración hacia lo universal



que asienta lo particular, lo propio. Contraste duro contra el despojo. El esplendor del realismo oscila entre 1840 y 1880 aunque permaneció en algunos países y artistas hasta el primer cuarto del siglo XX. El realismo nació en el epicentro de la convulsión política de Francia por el derrocamiento de la monarquía burguesa de Luis Felipe y la proclamación de la II República en 1848. Es a lo largo de esos años cuando surgen los movimientos obreros y proletarios que, avalados por las teorías de Marx y Engels, se inspiran en nuevos sentimientos sociales y en nuevas ideas políticas, cuya influencia también se dejará sentir en el mundo artístico.

El realismo nació como un movimiento que buscaba la representación del pueblo al margen de los aditamentos estéticos propios del idealismo. No obstante su intención, el realismo perdió paso y en no pocos momentos incurrió, como dicen sus críticos, en un amor por «lo sucio», «lo feo» y «lo vulgar», «lo morboso» y «lo obsceno». El realismo hizo visibles a personajes literalmente borrados de las artes. En particular el arte realista dio una imagen dignificante a la vida rural no sin algún sentimentalismo, incluso en la realidad más «objetiva». El gusto por lo ornamental tuvo una expresión especial en el modernismo (1880) nada contento con la estandarización de la vida

impactada por la invención de las máquinas y no obstante movimiento interesado por los avances de la Revolución Industrial. Hacia el final del siglo XIX (1890) en Latinoamérica, un espíritu de modernidad comenzó a hablar de «lo nuevo»: «época nueva», «neorrealismo», «estilos nuevos», «Art Nouveau»... en general obra accesible solo para ricos, por los costos de producción, con una estética decorativa dentro del funcionalismo racionalista nacida de la producción industrial y urbana que inevitablemente dejaría marca en la arquitectura, el diseño y las artes en general.

El modernismo hispanoamericano tiene su cabeza más visible en Rubén Darío (1867-1916) que respira la influencia de la Francia revolucionaria, de la Inglaterra industrializada y de la Alemania revolucionaria del pensamiento. El modernismo busca temas y sintaxis nuevos como lucha contra lo prosaico o como del cultivo del arte por el arte o de la creación estética que da la espalda a la realidad política, económica y social. Constituye el primer movimiento artístico con un carácter de independencia en la búsqueda de una estética propia. Está presente su influencia en las escuelas latinoamericanas que exaltan la conciencia nacional ligada a la naturaleza propia. En medio de esa búsqueda, con el desarrollo de la tecnología, el siglo XIX trajo

el surgimiento de la fotografía y el cine, inventos que influyeron decisivamente en América y que rápidamente adquirieron estilos y rasgos locales. Cuando Daguerre y los Lumière patentaron sus inventos, no imaginaron las repercusiones que tendrían para el arte. Cambió el sentido de la reproducción y la relación con la realidad. Revolucionó los paradigmas de la representación. Fue una celebración para el realismo como movimiento artístico y literario empeñado en representación «objetiva» de la realidad que tenía por tarea la observación de lo cotidiano que imponía la historia en ese momento.



1. Arturo Michelena, Venezuela (1863-1898).
2. Anónimo, Club de extranjeros residentes en Buenos Aires, Daguerreotipo, Argentina, 1854.
3. Auguste Marie Louis Nicolas Lumière (Besançon, 19 de octubre de 1862-Lyon, 10 de abril de 1954) y Louis Jean Lumière (Besançon, 5 de octubre de 1864-Bandol, 6 de junio de 1948) inventores del cinematógrafo.
4. José Ferraz de Almeida Júnior São Paulo (1850 -1899).



¡Oh, las mujeres! Pobres y ciegas víctimas. Como los esclavos ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo, eligen un dueño para toda la vida. El esclavo al menos puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad; pero la mujer, cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada para pedir libertad, oye al monstruo de voz sepulcral que le grita: en la tumba (Gertrudis Gómez de Avellaneda, 1841).

Gertrudis se oponía a los convencionalismos de su época. Tanto fue así que criticaba abiertamente al matrimonio por considerarlo una institución burguesa.

Dolores Ventimilla (1829-1857) fue una ecuatoriana feminista, cuyos ensayos y poemas cuestionaban el orden establecido y la situación de la mujer y de los indígenas. La decepción que le ocasionó su matrimonio con Sixto Galindo fue tal que la llevó al suicidio. En la carta de despedida que Dolores dejó a su madre, expuso: «No sé qué pasó, pero el hecho de contraer nupcias hizo que Sixto cambiara totalmente de comportamiento, y [...] me hizo sentir como presa de un ave de rapiña despiadada ante una carnada inofensiva» (Ventimilla, Carta de despedida a su madre, 1857, reproducida por la revista *La Mujer*, N° 6, Quitá, marzo 1984).

En el territorio brasileño, Nísia Floresta Brasileira Augusta (1810-1885) fue una de las escritoras que protagonizó el movimiento feminista en América. Entre sus publicaciones más importantes, se encuentra *Direitos das mulheres e injustiça dos homens* (1832), libro dedicado a las mujeres jóvenes en el que plantea la libertad de culto y la abolición de la esclavitud. Narcisa Amália de Campos (1852-1924) fue otra conocida poetisa brasileña, cuyas numerosas publicaciones versan sobre los derechos de la mujer.

Eduarda Mansilla (1834-1892) también fue una escritora argentina sobresaliente, como Juana Manuela Gorriti y Juana Paula Manso. Entre sus obras más relevantes, se encuentra *Recuerdos de un viaje* (1882) y las novelas *El médico de San Luis* (1860), *Lucía Miranda* (1860), ambas firmadas con el seudónimo de Daniel. Con un espíritu feminista, Eduarda supo desempeñarse en diversos géneros literarios e incluso llegó a ser traducida a otros idiomas.

Otra escritora del romanticismo, que tuvo que ocultar su identidad bajo el seudónimo de César Duaye, fue Emma de la Barra. Nacida en 1861, la argentina escribió *Stella* (1905), *Mecha Iturbe* (1906), *El manantial* (1908) y *Eleonora* (1933).

La ecuatoriana Marieta de Ventimilla abrió puertas en ámbitos donde las mujeres no eran bien recibidas. Como escritora tuvo además un papel importante en lo político cuando su tío Ignacio de Ventimilla fue presidente (1876-1884). Además, colaboró en diarios y revistas, escribió textos de psicología y *Páginas del Ecuador* (1890), su mayor obra literaria.

A fines del siglo XIX, sobresale la boliviana Adela Zamudio (1854-1928) con sus ensayos, novelas y, principalmente sus poesías, en las cuales criticaba las costumbres conservadoras y la doble moral imperante en esa época. Fue autora de *Nacer hombre* (1877), poema que se enmarca en el inicio del período feminista boliviano y se mantiene aún vigente:



Una mujer superior  
en elecciones no vota,  
y vota el pillo peor.  
(Permitidme que me asombre).  
Con tal que aprenda a firmar  
puede votar un idiota,  
¡Porque es hombre!

Él se abate y bebe o juega.  
En un revés de la suerte:  
ella sufre, lucha y ruega.  
(Permitidme que me asombre).  
Que a ella se llame el «ser débil»  
y a él se le llame el «ser fuerte».  
¡Porque es hombre!

Las escritoras latinoamericanas han batallado a través de sus obras contra la discriminación racial y la marginación de género. Reclamaron educación para el conjunto de la sociedad y reivindicación de sus derechos. Las mujeres del siglo XIX se enfrentaron a sectores sociales en los que muchas veces no fueron bien recibidas. Las modificaciones en la estructura social y la conquista del espacio público por parte el género femenino fue un proceso arduo, de más de un siglo, que precisó de la labor comprometida de numerosas mujeres en los distintos puntos del continente latinoamericano.

